

TRADUCCIÓN

LA DURA SOPA DE ARROZ

WANG MENG

LOS MIEMBROS formales de nuestra familia son mi abuelo paterno, mi abuela paterna, mi padre, mi madre, mi tío, su esposa, yo, mi mujer, mi prima, su esposo y mi lindo y espigado hijo. Nuestras edades en este mismo orden son 88, 84, 63, 64, 61, 57, 40, 40 y 16 años. Es una estructura de trapecio perfecta. Además tenemos otro miembro más formal que cualquier otro, la infaltable, la “hermana Xu”. Ella tiene 59 años, ha trabajado en nuestra casa durante cuarenta años, no puede vivir sin nosotros y nosotros aún menos sin ella. Además, es la “hermana” de todos nosotros, comenzando por el abuelo y terminando por mi hijo, y conforme a los derechos humanos y al principio de igualdad, todos la llamamos “hermana”.

Siempre hemos vivido muy unidos y en paz. Cuando discutimos si este verano hizo mucho calor o no, si debemos tomar té *Longjing* que cuesta ocho yuanes la onza, o té verde que vale cuarenta centavos la onza, si conviene comprar jabón de tocador *Magnolias*, *Violeta* o bien, *Escudo de oro*; todos respetamos la opinión del abuelo. Nunca hemos tenido opiniones demasiado divergentes, ni discusiones ni lucha de facciones ni peleas, y a pesar de que discutimos llegamos a la misma conclusión. Hasta nuestra manera de peinarnos es parecida, claro que con las respectivas diferencias entre hombres y mujeres.

Desde hace varias décadas nos levantamos a las seis y diez, a las seis treinta y cinco de la mañana ya está listo el desayuno, que prepara la hermana Xu. Hay rebanadas tostadas de pan

mantou, sopa de arroz y verdura salada. A las siete y diez todos partimos, unos a la escuela y otros al trabajo. El abuelo, incluso después de haberse jubilado, también sale cada día a esa hora y desempeña varias actividades en el comité de vecinos. Al medio día regresamos y comemos fideos con salsa preparados por la hermana Xu. Descansamos un poco y a la una y media de la tarde todos salimos de nuevo, unos para la escuela y otros para el trabajo. El abuelo duerme su siesta desde el medio día hasta las tres y media, se levanta, se lava la cara, se enjuaga la boca y se sienta a tomar té y a leer el periódico. Alrededor de las cinco el abuelo, la abuela y la hermana Xu discuten el menú de la noche. Cada día se discute el "problema" de la cena, y tanto el abuelo como la abuela y la hermana Xu exponen vigorosamente sus puntos de vista sobre este asunto; la decisión final es aceptada por todos. Hoy comeremos arroz, y en cuanto a los platillos uno será de carne, otro de carne y vegetales, y otros dos de puros vegetales. ¿Y la sopa? Hoy no haremos sopa, o sí la vamos a hacer. Después de la discusión la hermana Xu entra a la cocina donde se afana durante treinta minutos; siempre tiene que salir para preguntarle algo a los abuelos: "Mira qué distraída soy, se me olvidó preguntarles algo. En el platillo mixto de carne y vegetales, ¿quieren que corte la carne en pedazos o en tiritas?" A ver, a ver, esto sin duda es un asunto importante. Los abuelos se miran de reojo, hacen una mueca y responden: "córtala en pedazos", o "córtala en tiritas", y sus deseos siempre se cumplen satisfactoriamente.

Todos estamos contentos. Sin embargo, lo más importante es que el abuelo esté contento; sufrió mucho cuando era joven. Él dice a menudo: "Ahora siempre hay suficiente comida, la ropa que usamos no está rota, en la casa hay todo lo necesario, los hijos y los nietos viven muy unidos y gozan de buena salud. Antes, ni en las casas de los ricos se podía imaginar eso. No sean frivolos. ¿Acaso saben lo qué es el hambre?". Entonces mi padre, mi madre, mi tío, mi tía y todos declaran que no han olvidado los días de hambre. Con el hambre el estómago se siente vacío, la cabeza se siente pesada y los pies no responden. Según lo que dicen, tener hambre se parece a haber comido demasiado, te dan ganas de vomitar. Toda nues-

tra familia, con el abuelo y la abuela a la cabeza, somos seguidores activos de la filosofía conformista y apoyamos decididamente el sistema político actual.

En estos últimos años de repente han ocurrido grandes cambios. Nos llegan nuevas corrientes en todo. En pocos años en casa nos hicimos de un televisor a colores, de un refrigerador y de una lavadora. En el vocabulario de mi hijo abundan las palabras en inglés; el abuelo, que es abierto y sensato, acumula cada día nuevas palabras y nuevos conceptos de los periódicos que lee por la tarde y de la televisión que ve por la noche. Constantemente toma en cuenta nuestras opiniones diciendo: "Vamos a ver si en nuestra casa hay algo que necesitamos reformar o mejorar."

Todos opinamos que no hay nada que mejorar y la hermana Xu agrega que "ojalá todas las generaciones, todos los días, todos los años y todos los siglos vivan como nosotros". En un momento dado mi hijo hizo una recomendación. Antes de abrir la boca se talló los ojos como si tuviera una pestaña adentro y recomendó la compra de una grabadora. El abuelo, dispuesto a escuchar recomendaciones ajenas, autorizó la compra. Nuestra casa adquirió una grabadora con sonido estéreo de marca *Luz roja*. En un principio todos estábamos muy contentos, uno hablaba, otro cantaba, otro imitaba el maullido de un gato, otro leía en voz alta un párrafo del periódico: todo eso lo grabábamos y luego lo oíamos. Todos juntos disfrutando y aplaudiendo consideramos que la grabadora era un objeto maravilloso. ¡Qué tristeza que los padres y los abuelos del abuelo no la hubieran conocido! ¡Qué suerte tenemos hoy! Sin embargo, pasados dos días la emoción se enfrió. Compramos algunas cintas pero la música no era ni por casualidad tan buena como la que ponían en la televisión o en la radio. La grabadora quedó olvidada en una esquina, acumulando polvo. Todos llegamos a la conclusión de que el uso de la nueva técnica y de los nuevos aparatos es muy limitado. Para nada alcanzan la importancia que tienen el orden y la unión de la familia ni pueden compararse con la utilidad de la radio tradicional.

Para entonces fue cuando las autoridades decidieron suspender la siesta. Al mediodía sólo se descansarían de cuarenta

minutos a una hora. Toda mi familia se descontroló. Al principio las empresas comenzaron a dar comida gratis. A nosotros, por un lado, eso nos alegraba, pero, por otro, nos preocupaba. La alegría se debía a lo gratuito de la comida; y la preocupación, a la falta de hábito. Como era de esperarse, en dos días todos teníamos grandes malestares y no podíamos ni siquiera defecar. A los pocos días suspendieron la comida gratis. ¡Qué desconcertante!, ¿verdad?; y ahora, ¿qué haremos? El abuelo nos enseñó a tomar la vanguardia y seguir por el camino señalado por el gobierno, en cualquier hora y en cualquier lugar. Entonces comenzamos a comprar loncheras y a llevar comida de la casa. ¡Qué pesado era eso! La hermana Xu empezó a sufrir de insomnio, le dolían las muelas, le salieron orzuelos y su corazón presentó arritmia. En poco tiempo, todas las instituciones prolongaron naturalmente el tiempo de descanso del medio día. Algunas no ordenaron la prolongación de la siesta, pero naturalmente retrasaron la hora de entrada en la tarde aunque no retrasaron la hora de salida del trabajo. Volvimos a disfrutar los fideos con salsa del mediodía, la hermana Xu ya nunca más tuvo orzuelos, las muelas no le volvieron a doler, ya no sufría de insomnio y su corazón latía rítmicamente, setenta a ochenta latidos por minuto.

Los vientos del cambio soplan vigorosamente, nuevas corrientes adquieren cada día mayor ímpetu y las leyes de la naturaleza tienen su propia dinámica. Por todos lados se pone en tela de juicio lo viejo, por doquier brotan sueños de modernización. Incluso amigos excelentes que antes nos tomaban como ejemplo ahora nos animaban a cambiar, a transformarnos. Tal parece que en Guangzhou, o mejor en Hong Kong o directamente en Estados Unidos, apareció un modelo nuevo. Antes que todos el abuelo dijo: "Vamos a reformar el sistema de la familia; convertiremos el gobierno centralista en un gobierno democrático compuesto por un gabinete." Él se encargó de nombrar el gabinete que fue aprobado por la asamblea, compuesta por todos los miembros de la familia incluyendo a la hermana Xu, que también tenía derecho a voz pero no a voto. El cambio consistía en establecer un gobierno rotativo entre los miembros de la familia. Todos, menos la her-

mana Xu, estuvieron de acuerdo. En un principio la tarea de organizar la administración familiar le fue encomendada a mi padre, a quien se le informó que tenía la obligación de modernizar la alimentación de la familia.

Mi padre toda la vida ha comido comida caliente, ha hecho trabajos impuestos por otros y ahora que es el responsable de la gran tarea de organizar la comida está muy afligido debido a un asunto como ése, tan embarazoso para él. Cuando se topa con el problema de qué marca de té comprar, de si hacer sopa o no, de si cortar la carne en pedazos o en tiritas, siempre va a consultar al abuelo. En lo que haga o diga siempre se escuda detrás del abuelo: “El abuelo dijo que hay que comprar repelente marca *Crisantemo* para lavar los platos, que no hay que usar detergente porque contiene muchas porquerías químicas que pueden ser venenosas. Nada mejor que el agua tibia con un poco de sosa, es económica y a la vez limpia.”

Esto no hizo más que complicar el asunto. Cuando la hermana Xu tiene dudas le pregunta a mi padre, y como mi papá no toma decisiones entonces él va y le pregunta a mi abuelo; después de preguntarle, regresa con la hermana Xu y le transmite las palabras del abuelo al pie de la letra. Lo mejor sería ir directamente con el abuelo para preguntarle. Pero eso quizás haría que mi padre se sintiera desplazado y que mi abuelo se enojara. Lo cierto es que mi abuelo sí se enojó. Varias veces le dijo a mi padre: “Tú decide esas cosas, ya no vengas más a preguntarme.” Entonces mi padre le decía a la hermana Xu: “El abuelo me dijo que yo decidiera. El abuelo comentó que ya no le vuelva a preguntar.”

Mi tío y mi tía ya comenzaron a rezongar quién sabe por qué. Es probable que estuvieran descontentos con la ineptitud de mi padre, pues pensaban que se valía de la autoridad del abuelo y se pasaba de vivo; estaban disgustados con la actitud sobreprotectora de mi abuelo; también estaban cansados de las constantes quejas de la hermana Xu; pero, sobre todo, estaban descontentos con la decisión unánime de instalar el sistema parlamentario y de elegir a mi padre como jefe.

Mi abuelo se dio cuenta de eso y un buen día agarró a mi padre y lo regañó. Le explicó que tenía una gran tendencia a delegar el poder de arriba hacia abajo. Mi papá no tuvo más

remedio que prometer que no volvería a hacer las cosas usando el nombre del abuelo. Poco después, también mi padre delegó el poder de arriba hacia abajo: de ahí en adelante hacer o no sopa, cortar la carne en pedazos o en tiritas, lo decidiría únicamente la hermana Xu. Ella no estuvo de acuerdo: "¿cómo puedo yo hacerme cargo de eso?", refunfuñaba, y se asustó tanto que no comió. Sin embargo, todos la alentamos diciéndole: "Tú has trabajado muchos años en nuestra casa y debes tener voz y voto; hazte cargo y nosotros te apoyaremos. Compra lo que quieras, haz de comer lo que quieras; comeremos lo que nos des, te tenemos confianza."

La hermana Xu acabó por sonreír y agradeció el apoyo de todos. No hubo ningún cambio; sin embargo, la gente comenzó a poner "peros". Todos sabíamos que la comida estaba hecha personalmente por la hermana Xu; no teníamos argumentos para poner nada en duda. El descontento inconsciente pronto se volvió consciente. Primero fue mi hijo, luego mi prima y su marido, y al final mi esposa y yo. Todos comenzamos a rezongar en voz alta: "Nuestra comida ha sido la misma durante más de cuarenta años, pronto se convertirá en un reliquia histórica." "Siempre nos inclinamos por lo viejo, al punto que se convierte en regla; el camino conocido está petrificado y jamás nos atrevemos a cambiarlo." "La vida de nuestra familia es atrasada en comparación con la corriente actual." "Las limitaciones de la hermana Xu son muchísimas, su preparación cultural es bajísima. Es buena persona, pero tiene un nivel bajo. Es increíble que en la década de los ochenta nuestra familia viva guiada por el nivel de la hermana Xu."

La hermana Xu no se daba cuenta de nada; por lo contrario, ella expresaba su entera satisfacción. Siguiendo sus criterios comenzó a introducir algunas reformas. Primero redujo los dos platos de verdura salada del desayuno, poniendo el contenido de uno de ellos en dos platitos; luego a la verdura salada, que en principio va con aceite, le eliminó el aceite de ajonjolí; en lugar de freír en aceite la salsa de carne picada para los fideos, la freía en agua; modificó la costumbre de tomar sopa una vez cada dos días, por una vez cada siete días; cambió la sopa de huevos por una "gran sopa" que era la más simple del mundo, hecha con cebollitas y salsa de soya. Con

el dinero que le sobraba empezó a comprar ampollitas de jalea real con ginseng que le llevaba a mi abuelo. Nos veíamos obligados a apretarnos el cinturón para hacerle la barba a mi abuelo; estábamos enojados pero no podíamos decir nada. Lo más vergonzoso de todo fue lo que nos contó mi hijo. Después de hacer la “gran sopa”, la hermana Xu solía servir un plato lleno de cebolla fresca y olorosa y se lo comía rápidamente antes de que nosotros nos sentáramos a la mesa. Además, mientras cortaba la verdura en la cocina comía semillas de calabaza. Mi hijo dijo que seguramente se las compraba a costa del gasto para la comida. El poder no es más que corrupción. A poco poder, poca corrupción; a poder total, corrupción total: mi hijo, con una gran elocuencia, proclamó su nueva postura teórica.

Los miembros de la familia menores que mi padre no dijeron nada, así que mi hijo se sintió muy alentado por el apoyo silencioso, y cuando volvió a sorprender a la hermana Xu tomándose la “gran sopa” antes que los demás pronunció una crítica muy severa: “Ya basta de tu comida de bajo nivel. Además, primero escoges las cebollitas para ti. Desde mañana yo me hago cargo. Haré que mi familia viva una vida conforme a la modernidad.”

A pesar de los berrinches de la hermana Xu, nadie dijo nada. Todos consideraron que no era malo dejar que el hijo se encargara de la comida: es joven, tiene fuerza, tiene ideas, tiene vigor y corresponde a los nuevos reglamentos para la formación de cuadros. Sin embargo, todos, incluyéndome a mí, consolábamos a la hermana Xu: “Tú has trabajado cuarenta años en nuestra casa, los resultados son los que cuentan, nadie podría borrarlos.”

Muy exaltado mi hijo expuso su teoría. “Hace cuarenta años que en nuestra casa se come lo mismo. No sólo nunca ha habido innovaciones sino que siempre ha habido un gran defecto: sobran los carbohidratos y faltan las proteínas. La falta de éstas frena el crecimiento y el desarrollo, obstaculiza la reproducción y la función de los leucocitos, que son la defensa contra las enfermedades. El resultado es la debilidad de la estructura nacional y una gran baja en la calidad de la población. En todos los países desarrollados la gente consume, en

promedio, siete veces más proteínas que nosotros y catorce veces más proteínas de origen animal. Si continuamos así no podremos alcanzarlos ni en estatura, ni en cuerpo, ni en fuerza, ni en energía, ni en espíritu. Ellos duermen una sola vez al día; les basta con cuatro, cinco o con mucho seis horas. Desde la mañana hasta la noche no les faltan ni fuerzas, ni energía, ni espíritu. Y nosotros, para colmo, dormimos la siesta y así estamos debiluchos. Seguramente me dirán que no debemos compararnos con los países desarrollados. Entonces, debo decirles que la estructura alimenticia de nosotros los Han, no le llega ni a la de nuestras nacionalidades hermanas del norte. Y espero que no digan que el nivel económico de nuestras nacionalidades hermanas es más alto que el nuestro. El nivel de proteínas que consumimos nosotros es mucho más bajo en comparación con el de los mongoles, los cosacos, los uygures, los coreanos, e incluso con el de los tibetanos que viven en el suroeste. ¿Acaso no es posible modificar esta estructura alimenticia? Tomemos el desayuno, por ejemplo. En la mañana comemos pan cocido al vapor, sopa de arroz y verduras saladas. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que ése sea el desayuno de una familia con ingresos medios altos, en los años ochenta, en pleno siglo veinte, en un área urbana? ¡Qué horror! ¡Qué ignorancia! La sopa de arroz y la verdura salada son símbolos de la debilidad de Asia oriental. Es un lento suicidio, es la falta de conocimiento, es la vergüenza de los herederos del Emperador Amarillo, es el origen de la ruina de la civilización china, es el presagio de la decadencia de la civilización del río Amarillo. Si nosotros nunca hubiéramos desayunado sopa de arroz y verduras saladas, sino pan con mantequilla, ¿hubieran los ingleses podido ganar la Guerra del Opio? ¿Hubieran podido los soldados de ocho estados en 1900 obligar a la emperatriz Ci Xi a retroceder hacia Chengde? ¿Se hubieran atrevido los enanos japoneses a provocar el incidente del 18 de septiembre de 1931? ¿Hubieran tenido el valor de provocar otro incidente en 1937 en Lugouqiao?

”Si durante los ataques contra los chinos los japoneses se hubieran dado cuenta de que todos ellos olían a mantequilla, seguramente se habrían desmayado. Si después de 1949 nuestros dirigentes hubieran prohibido la sopa de arroz y la verdu-

ra salada, y en lugar de eso toda la gente hubiera comido pan con mantequilla, jamón, salami, huevos, yogurt, queso, mermelada, miel y chocolate, entonces el poder del país, el nivel del desarrollo de la ciencia, la tecnología, el arte, el deporte, la vivienda, la educación y la cantidad de coches por habitante hace tiempo que habrían alcanzado los primeros lugares del mundo. Hablando en serio, la sopa de arroz y la verdura salada han sido el origen de nuestra desgracia y de nuestro estancado sistema feudal. Debemos eliminar radicalmente la sopa de arroz y la verdura salada; de no ser así, China ya no tendrá esperanza.”

El orador estaba muy exaltado con su discurso y los oyentes emocionados. Yo, por un lado, estaba sorprendido y halagado y, por otro, creo que me asusté. Me sorprendía y me halagaba que en un abrir y cerrar de ojos mi hijo hubiera dejado de usar pañales, ya no me llama para que le limpie el trasero, sino todo lo contrario: ha acumulado tantos conocimientos, renovado tantos pensamientos, expresado tantas opiniones atinadas; ha descubierto el elemento clave. Es cierto que el mundo sigue su curso natural y que está en manos de los jóvenes. Los hijos son la fuerza de la sociedad.

Mientras que nuestro cuerpo está impregnado de sopa de arroz y de verduras saladas el alma añora la mantequilla y el jamón. Mi hijo ha dicho todo lo que podría decirse sobre la modernidad. No cabe duda de que la nueva generación es la dueña y todo el mundo le pertenece. Lo que me asustaba era que mi hijo hubiera acabado frívolamente como acabó con todo, como Zhao Kuo cuando discurría sobre estrategia militar o como Ma Si se jactaba de poder defender su posición. Sus palabras iban más allá de la realidad, eran grandilocuentes pero sin sustancia. Él nos hizo perder el tiempo para que al final no hubiera ningún resultado. Según mi experiencia de medio siglo, los que simplifican asuntos complicados e importantes se parecen al que cree que cortarle la cabeza a un general enemigo protegido por mil caballos y diez mil soldados es tan simple como sacarse algo de la manga; tarde o temprano se desgastan y se vuelven impotentes. Yo que sólo tengo un hijo, en consideración por la continuidad de la estirpe familiar, no puedo permitir eso.

Tal como se esperaba mi prima suspiró y, frunciendo la nariz, dijo: “Tienes razón, muchacho. Si en realidad hubiera tanta mantequilla y pan, ya habríamos completado el proceso de modernización.”

Mi hijo muy agitado gritó: “¡Qué barbaridad! En los años sesenta Krushchov propagó el comunismo a base de carne asada y papas, y hoy, en los ochenta, mi tía quiere hacer la modernización a base de pan con mantequilla. ¡Qué parecido! La modernización implica automatización de la industria, intensificación de la producción agrícola, progreso en la ciencia, globalización de la defensa nacional, liberación de los pensamientos, complicación de los términos, transformación del arte, perpetuación de la discusión, superficialización del debate, mistificación de los conceptos y explotación al máximo de la energía humana. El mar de las ‘ciones’ es infinito, pero la mantequilla es el remo; si no hay camino hacia la tierra soñada, el pan es el puente. Claro, yo sé que la mantequilla y el pan no son como las bombas que nos lanzan enemigos imaginarios, no soy ignorante ni estúpido; sólo pienso que debemos fijar un objetivo porque un país sin meta es como un hombre sin cabeza que desconoce su capacidad.”

“Está bien, está bien”, dijo mi abuelo, “los principios básicos no difieren, son iguales para todos, ya no se peleen”, y todos dejaron de pelear.

Mi hijo se puso terco y, naturalmente, al día siguiente, en la mesa había pan, mantequilla, huevos tibios, leche y café. La hermana Xu y la abuela no querían tomar café con leche y mi tío les dio una idea: para quitarle el sabor extraño al café les propuso dorar cebolla, pimienta roja, canela, anís, corteza de jengibre, pimienta negra, chile seco, algas, y cuando todo estuviera bien dorado, agregarle salsa de camarón y ponerlo al café. Lo probé y realmente era más fácil tomarlo así. Yo también pensaba ponerle esta mezcla pero al ver la cara de mi hijo y su expresión severa decidí tomarlo simple, a la occidental. Este pequeño emperador mimado por todos, ¿hacia dónde piensa llevar a mi país?

A los tres días todos estábamos enfermos. La hermana Xu se enfermó de una gastroenteritis tóxica aguda; hubo que hospitalizarla y existía la sospecha de que tuviera cáncer gastroin-

testinal. Mi abuela también se enfermó con una cirrosis hepática psicógena tipo “no A no B”. Desde que empezó a comer comida occidental mi abuelo se constipó. Mi papá y mi tío lo cuidaban alternadamente y para que pudiera defecar lo destaparon con palillos de bambú, pero el resultado no fue del todo satisfactorio. Mi prima se enfermó de obstrucción intestinal, padeció de un dolor insoportable y hubo que operarla. A su marido le dolían las muelas y le salieron úlceras en la boca. Mi esposa vomitaba todos los días después de comer y después de devolver la comida occidental se iba en secreto, por miedo a que el hijo se enterara, a la casa de su madre a comer sopa de arroz y verdura salada. Pero, lo más patético fue que en tres días se gastaba el dinero que antes servía para la comida de todo el mes. Mi hijo dijo: “Si no se pone más dinero ni siquiera podremos comer sopa de arroz y verdura salada.” Cuando el problema llegó a tal grado fue necesaria mi intervención. Fui a ver a mi padre y a mi tío para decirles que teníamos que quitarle el poder a mi hijo y que era necesario recuperar la vida normal de la familia.

Mi papá y mi tío fueron a ver al abuelo para consultarle, y éste fue a ver a la hermana Xu. Ella, por su lado, estaba en el hospital y además dijo con firmeza que si salía de éste, nunca más pensaba hacer la comida. Si la familia creía que ella era una inútil, podían correrla. Mi abuelo tuvo que usar toda su capacidad diplomática para convencerla de que lo que ella pensaba no era cierto; además, aprovechó la ocasión para expresar su filosofía de la vida. En el mundo el afecto es lo que cuenta, y la hermana Xu en nuestra casa nos ha dado mucho afecto y atención: es más estimada que los propios parientes y más cercana que los parientes de sangre. Cada día que esté en la casa compartiremos con ella las alegrías y las tristezas, y aunque sólo quede un *mantou*, lo compartiremos con ella; aunque sólo quede un vaso de agua, le dejaremos su parte. Si nos hacemos ricos ella también será rica; aunque tengamos dificultades la cuidaremos; nunca la dejaremos después de tantos años de servicio. Mi abuelo habló tanto que terminó por conmovirse y todo lo dicho hizo que sus lágrimas fluyeran como un río. La hermana Xu escuchaba con atención y se conmovió tanto con las palabras del abuelo, que se puso a

llorar. Al final, el médico que la atendía nos dijo que la atmósfera no convenía para la recuperación de la enferma y le aconsejó a mi abuelo que se retirara.

Al regresar a casa mi abuelo convocó una asamblea general y nos dijo que él ya estaba viejo y cansado. En cuanto a qué se iba a comer o cómo se iba a comer, él no tenía objeciones y aun menos el poder de decisión. Pero dijo que si lo buscábamos para preguntar algo, él iría directamente a consultar a la hermana Xu. Ella está muy sentida con todos nuestros comentarios y, además, tenía los intestinos afectados por culpa de la comida occidental del bisnieto. “Yo ya no puedo hacerme cargo de la situación, y ustedes coman lo que quieran. Si no hay comida para mí, me moriré de hambre. No importa.”

Nos miramos unos a otros. Todos considerábamos que la solución ideal era que el abuelo se hiciera cargo, como antes. Durante más de medio siglo todos habíamos estado contentos, y cuatro generaciones habían vivido en armonía. Mi prima expresó su decisión de hacer todos los días comida para el abuelo. En otras palabras, ella, su marido, el abuelo, la abuela y la hermana Xu iban a comer su comida aparte. Mi padre dijo que él podía formar un grupo con mi madre, pero sin mí ni mi mujer porque nosotros teníamos un hijo moderno y no era posible comer juntos. Yo dije que formaría otro grupo con mi mujer. Mi tío y mi tía también hicieron su propio grupo y mi hijo se quedó solo. Cuando mi prima vio lo que ocurría pareció ponerse muy contenta y agregó: “Que cada quien coma lo suyo, así seremos más modernos. No está bien que las cuatro generaciones coman juntas. Por un lado, nos parecemos a los del *Sueño del Pabellón Rojo* y, por el otro, con tanta gente en una mesa nadie está cómodo y es más fácil la transmisión de la hepatitis.” Mi prima continuó: “¿Existen las familias extendidas en Estados Unidos? ¿Existen casos en los que varias generaciones, al olvidar sus diferencias, puedan comer juntas?” Mi abuelo estaba sombrío.

Después de dos días ya no era posible que cada quien comiera por su lado. A eso de las once el grupo de mi prima prendía el fuego para hacer la comida. Como el abuelo pertenecía a ese grupo, los demás tan sólo podíamos mirar y suspirar. Luego seguía mi padre y luego mi tío; para cuando le

tocaba a mi grupo ya eran las dos de la tarde, hora de ir a trabajar. A la noche era lo mismo: mirar el fuego y suspirar.

Más tarde nos sentamos a discutir el uso de la estufa. El primer problema fue el del cilindro de gas. Con anterioridad, para resolver este problema y que el cilindro lo pudiera usar toda la familia, habíamos tenido que buscar catorce “palancas”, invitar gente a comer siete veces, regalar dos pinturas, cinco paquetes de cigarros y ocho botellas de vino. Exactamente después de trece meses y trece días y mediante un esfuerzo titánico, lo conseguimos. Es posible comprar estufas de carbón si se hacen los trámites necesarios; sin embargo, es indispensable tener cupones para comprar el carbón, y aun si se consigue no hay dónde ponerlo. Si, de acuerdo con la conciencia modernizante, pusiéramos cuatro lumbres necesitaríamos ampliar la cocina unos treinta metros cuadrados. Claro que lo mejor sería hacer cuatro cocinas y, todavía mejor, construir cinco departamentos más. En verdad, el apetito consumista del hombre no tiene límite: es como un caballo salvaje desbocado. ¡Con razón los periódicos hablan de consumo exagerado! Mientras más hablábamos del consumo más nos entusiasábamos. Pero no nos limitamos a hablar de la vivienda sino que nos extendimos hacia la conciencia personal, la modernidad, los derechos individuales. ¡Caramba! De tanto hablar y estar parados nos dolieron la cintura y las piernas.

La ciencia blanda de la instalación de varias estufas en un hogar aún está en pañales, puesto que un cilindro de gas se nos acaba en nueve días. Este año se restringió el suministro de gas, de tal forma que apenas si nos tocan unos cuantos bonos al año. Para garantizarle comida y agua caliente a todos, un cilindro de gas debería durar veinticinco días. Si en nueve días se nos acaba un cilindro y en cuatro meses se terminan los bonos, ¿qué haremos durante los ocho meses restantes del año? No sólo estamos descomponiendo el orden de la familia sino que, además, echamos a perder el plan del Estado.

Todos estábamos preocupados y asustados, suspirábamos y nos quejábamos; los chismes corrían. Unos proponían comer harina cruda cuando el gas se acabara, otros aconsejaban restringir el tiempo de preparación de la comida a diecisiete minutos por grupo, otros comentaban que con la división de

la cocina se había dado una situación en la que las relaciones de producción sobrepasaban el nivel de desarrollo de la fuerza productiva. Unos decían que mientras más reformas se introdujeran, más se complicaría el asunto; lo mejor sería regresar a lo de antes, cuando el abuelo era el gerente y la hermana Xu la encargada de la producción. Otros criticaban a Estados Unidos, diciendo que los norteamericanos se comportan como animales, no respetan al prójimo y no conocen la piedad filial y la fraternidad; y que por eso allá no existen las familias extendidas. Nosotros tenemos una bella tradición de moral familiar. ¿Por qué, entonces, tenemos que aprender de los norteamericanos? A todos nos daba pena ir a molestar al abuelo de nuevo, así que, sin ponernos de acuerdo, todos fuimos a buscar al esposo de mi prima.

Él es el único de mi familia que ha bebido aguas extranjeras. En los últimos años se ha hecho dos trajes occidentales y ha comprado tres corbatas; fue a Estados Unidos para estudiar un posgrado durante seis meses; visitó Japón durante diez días y se paseó por siete ciudades de Alemania occidental. Tiene mucho mundo, estilo y elegancia, puede decir “gracias” y “disculpe” en nueve idiomas extranjeros. Es el miembro con más estudios y talento de nuestra familia. Pero, como es pariente político, tiene conciencia de su estatus y siempre guarda la distancia apropiada; nunca se pelea ni discute, sabe cómo comportarse; siempre se adapta a las circunstancias y se da a respetar.

Esta vez, al ver que estábamos nerviosos y que además realmente teníamos dificultades, abrió su corazón y, dando prueba de sus conocimientos, dijo: “A mi modo de ver, el problema de nuestra familia sigue siendo el sistema. Comer o no *mantou* es algo sin importancia. El problema radica en quién habrá de tomar las decisiones y cuál será el procedimiento para elegir el menú. ¿Nos regiremos por el sistema feudal patriarcal o generacional?, ¿directamente quieren la anarquía y que comamos sin plan, cada quien lo que quiera, o que hagamos los platillos según las recetas de los libros?, ¿comeremos por instinto o con racionalidad? El problema crucial reside en la democracia. Cuando ésta falta hasta lo sabroso pierde su sabor; cuando no la hay, comes pura porquería y

nadie se hace responsable de esta situación, ni se ofrece como ejemplo para promover el cambio. Comes como un idiota que no sabe que el azúcar es dulce y la calabaza es amarga, porque lo dulce y lo amargo no tienen nada que ver con tu propia decisión. Cuando falta la democracia uno se vuelve insensible, pierde la conciencia subjetiva y el que come se convierte en máquina procesadora de alimentos. Entonces aparece el desorden, cada quien hace lo que se le da la gana, nadie piensa ni considera las consecuencias, todos buscan la gratificación inmediata, los actos son intrascendentes, el que come se convierte en un fantasma con estómago pero sin cabeza. Cuando no hay democracia, no hay derecho a elegir, y cuando no hay derecho a elegir se pierde la individualidad.” Todos lo escuchamos y no parábamos de asentir dándole la razón. Parecía como si estuviéramos despertando de un largo sueño.

Una vez recibidos los aplausos de los presentes, mi cuñado continuó: “Determinar el orden de acuerdo con las generaciones es la característica de una sociedad agrícola estancada; se trata de un orden natural que les conviene a los analfabetas y a los idiotas. Hasta un retrasado mental puede entender y adaptarse a un orden tan rígido, simple y monótono como éste, que anula la competencia y aplasta la iniciativa y la capacidad de crear y transformar; sin transformación no existiría la humanidad, y sin cambio todavía seríamos primates. Además, este sistema de orden de acuerdo con las generaciones desmoraliza a los jóvenes, puesto que antes de los cuarenta es cuando un hombre está lleno de energía y vigor, cuando sus pensamientos son más dinámicos y abiertos y cuando tiene fuerzas para alcanzar todos los objetivos. Sin embargo, en esta época de su vida el hombre es nulo.”

Mi hijo gritó: “¡Tiene toda la razón!” Estaba tan emocionado que hasta se le salieron las lágrimas. Le hice con la mano un discreto gesto para que se callara. Desde que había fracasado al dirigir la “occidentalización” de nuestro desayuno, su imagen dentro de la casa había sufrido cierto deterioro. Todos consideraban que en alguna medida él era imprudente, no le prestaba suficiente importancia a la familia y trabajaba en contra de sus intereses. Consideraban que hacía poco y deshacía mucho, y algunos hasta lo calificaban de elemento rebelde. Mi

prima y su esposo ya no lo veían con tanta simpatía e incluso ahora, en que se mostraba tan conmovido, el esposo de mi prima no sentía, por nada del mundo, que le hacía un favor.

Entonces yo pregunté: "Bien primo, tienes razón pero ahora, ¿qué hacemos?"

Él respondió: "Para cultivar la democracia vamos a votar. Las elecciones democráticas son cruciales; ellas constituyen la base del problema, son el centro del proceso. Vamos a votar todos. Que cada quien exponga su opinión, algo así como poner los votos en las urnas. Por ejemplo, ¿cuánto dinero se necesita?, ¿cuáles son las obligaciones de los demás?, ¿qué tipo de alimentación piensas ofrecernos?, ¿qué compensación o sueldo esperas por tu trabajo? Todo el proceso debe ser abierto, transparente, regular, según lo pactado; también debe ser legal, ordenado, científico y sistematizado, y al final los votos lo deciden todo, la minoría obedece a la mayoría. El hecho de que la minoría se someta a las decisiones de la mayoría implica una nueva forma de pensar, un nuevo espíritu y un nuevo orden. Por un lado contrarrestamos la rigidez y, por otro, la anarquía."

Mi padre se puso a pensar, y de tanto hacerlo se le marcaron más las arrugas de la cara. Al final dijo: "Está bien, acepto. Pero aquí tenemos dos obstáculos posibles; el primero es el abuelo, que tal vez no vaya a estar de acuerdo, y el otro es la hermana Xu..."

El marido de mi prima dijo: "Con el abuelo no tendremos problemas porque sus pensamientos son muy avanzados. Hace mucho tiempo que él ya no se ocupa de organizar la comida, pero la hermana Xu sí es un problema."

Mi hijo se desesperó y gritó: "¿De dónde viene la hermana Xu? Ella nunca ha pertenecido a nuestra familia y, por lo tanto, no tiene derecho ni a elegir ni a ser elegida."

Entonces mi madre, muy molesta, respondió: "Hijito mío, deja de decir tantas tonterías. No importa que la hermana Xu no sea de nuestra familia, no importa que no lleve nuestro apellido. ¿Qué es eso de que no tiene derecho a votar y a ser elegida? No sabes lo que dices, niño. ¿Cuándo hemos tomado una decisión sin consultarla? Yo llegué a esta casa hace toda una vida; yo sé lo que digo. Pero ustedes, ¿qué saben?"

Mi prima y su marido también comenzaron a discutir y se pelearon. Mi primo decía que reconocer el estatus especial de la hermana Xu significaba desconocer la democracia, y que aceptar la democracia significaba desconocer el estatus especial de la hermana Xu. Se trataba de una cuestión de principios; no había lugar para excepciones. Mi prima, por su parte, lo regañó: “¿Cómo te atreves a decir tantas tonterías de pie, sin que te duela la espalda?, ¿qué utilidad tienen las palabras huecas que no corresponden a la realidad? Despreciar a la hermana Xu significa no respetar nuestras tradiciones; no respetar la tradición es perder las raíces, y perderlas significa que todas las ideas de cambio se conviertan en pensamientos vacíos. Y los pensamientos vacíos frenan el cambio.”

Mi prima no fue muy amable con su marido. También le dijo: “No pienses que porque fuiste al extranjero unas cuantas veces, o porque sabes decir unas palabras en otros idiomas eres muy especial. En realidad, en nuestra casa tú no eres tan importante como la hermana Xu.”

Mi primo quedó demudado, sonrió fríamente y se fue. Después de unos días, mi tío dio la cara y dijo: “En realidad, lo que parecen ser dos obstáculos se reducen a uno solo. La hermana Xu, a pesar de ser muy terca, siempre obedece al abuelo. Si el abuelo está de acuerdo ella también lo estará. No hay necesidad de oponer a la hermana Xu y la democracia, y menos de exacerbar este conflicto inventado.”

Todos lo escuchamos y le dimos la razón, puesto que sus palabras eran lógicas. Desde entonces, todas las molestias desaparecieron y nos dimos cuenta de que nosotros solos inventábamos los conflictos. Si alguien dice que el conflicto es grande, entonces es grande; si dice que es chico, pues es chico; que hay, pues hay; que no hay, pues no hay. Siempre debemos buscar el punto común entre las opiniones diferentes y construir armonía e intimidad, sin secretos entre nosotros. ¡Eso sí es difícil! Pero así nos sentiremos llenos de confianza, al punto de que hasta el esposo de mi prima y mi hijo expresaron su alegría.

Convencimos a mi padre y a mi tío de que fueran juntos a platicar con el abuelo. Tal y como se esperaba, mi abuelo estuvo de acuerdo. La hermana Xu se oponía por completo a la votación. “¿Para qué sirve tanto teatro?”, decía ella.

Desde que había salido del hospital la hermana Xu ni apoyaba ni se oponía a nada: "Si ustedes comen moscas, yo también comeré moscas, si ustedes comen mosquitos yo también comeré mosquitos. No es necesario que me consulten para nada." Ella ni se preocupaba ni le importaba no tener el derecho a votar y a ser elegida; además dijo claramente que nunca más pensaba participar en las discusiones familiares.

Tal parecía que la hermana Xu había decidido apartarse por sí sola del escenario de la historia. Todos escogimos unánimemente al marido de mi prima para organizar las elecciones. Cuando se acercaba el día de éstas a toda la familia nos envolvió una atmósfera festiva. Unos sacudían la casa, otros limpiaban los vidrios y otros colgaban pinturas y caligrafía. Pusimos floreros con flores de plástico. La democracia nos trajo una nueva imagen. Al fin llegó el día de la elección. Mi primo se puso el traje gris, el mismo que vestía cuando fue a Estados Unidos y Europa. Se puso un moño negro que lo hacía parecerse a un director de orquesta, y comenzó a presidir la ceremonia. Primero pidió a los electores exponer sus puntos de vista sobre el tema "Cómo administraré los asuntos de la familia".

Nadie abrió la boca. El silencio era tal que se podía oír el vuelo de las moscas de la cocina. Mi primo, muy sorprendido, exclamó: "¡Cómo! ¿Nadie se atreve a hablar? ¿No tenían todos opiniones y críticas?"

Entonces yo me atreví a abrir la boca: "Primo, primero di algo tú, danos un ejemplo. Nosotros todavía no tenemos costumbres democráticas, nos da pena..."

Mi prima me interrumpió, diciendo: "No hagas que él hable. Este asunto no tiene nada que ver con él."

Su marido, con una actitud tranquila y expresándose como un caballero, dijo: "Yo no participo. La idea de la democracia fue mía, pero el propósito no era acaparar el poder. Si me eligen a mí sería como manchar la democracia. Además, yo ahora estoy haciendo los trámites para estudiar en el extranjero. Ya estoy en contacto con varias universidades de Norteamérica y Oceanía. Tan pronto como cambie suficientes dólares en el mercado negro, me despido de ustedes. Si alguien de los presentes me quiere prestar algo de dinero, yo se

lo agradeceré. Ahora me prestarán dinero nacional, pero se los devolveré en divisas.”

Todos nos miramos abatidos. Por otra parte, aunque no nos habíamos puesto de acuerdo, todos pensábamos lo mismo: “¿Será realmente necesario elegir a un administrador para los asuntos de la familia? En cuanto a este señor, él no hace más que presumir y dorar la pildora. No respeta a los mayores y molesta a todos los que están a su alrededor. Esto es una trampa que no podemos aceptar. ¿Qué tal si a uno lo hicieran administrador? ¿Podría uno satisfacer a toda la gente? Si hay comida, ¿para qué quieren votar? ¿No será un remedio equivocado?” Además pensábamos: “¡Qué democracia ni qué nada! Durante decenas de años, aunque no había habido elecciones democráticas, comíamos sopa de arroz, verduras saladas y pasta con salsa de soya. En muchos años no hubo elecciones democráticas, pero ni nos moríamos de hambre, ni reventábamos de tanta comida, ni comíamos ladrillos, ni bebíamos orina de perro, ni tampoco sorbíamos los fideos por la nariz o el culo. Como ya nos llenamos de comida ahora que no tenemos nada que hacer, estamos fregando con la democracia. Al final unos tienen diarrea y otros tienen hambre. Los chinos de verdad somos así: no estamos contentos si no fregamos.”

Pero ya que hablamos de democracia vamos a ejercerla un poco; ya que hablamos de votaciones vamos a votar un poco; ya que nos reunimos y que hasta el abuelo vino vamos a llevar a cabo el rito. Al fin y al cabo, ¿quién puede decir que la elección democrática no tiene nada bueno? ¿Quién sabe? A lo mejor, si elegimos bien, a partir de ahora nuestros alimentos podrán ser no sólo nutritivos sino también sabrosos, que no sólo nutrirán al Yin sino también fortalecerán al Yang, incrementarán la sangre y tonificarán la energía, fortalecerán el cuerpo sin dañar la línea y la apariencia, tendrán color, sabor y olor. Quizá también podremos ahorrar dinero y energía, satisfacer los requerimientos de la higiene y tener menos complicaciones. Quizá esta nueva comida no producirá humo ni ruido; todos podrán meter la cuchara y nadie tendrá que cansarse demasiado pensando. Habrá responsabilidad personal, pero no arbitrariedad. No comeremos sobras de verduras y de arroz ni tampoco desperdiciaremos los granos; comere-

mos almejas, pero no nos enfermaremos de hepatitis; comeremos pescado y camarones sin oler a pescado, etcétera, etcétera, etcétera. Si el resultado de las elecciones fuera tan bueno, me gustaría ver cuál es el cretino que no apoya las elecciones democráticas.

Y así, comenzamos a votar. Repartimos papelitos, los llenamos, revisamos el proceso, los recogimos y los contamos. Se repartieron once boletas y se recogieron once boletas. La votación fue efectiva y legal. Entre las boletas, cuatro estaban en blanco, sin ningún candidato. En una boleta estaba escrito: "Que sea cualquiera, me da igual." Esta boleta equivalía a una en blanco, de modo que las boletas en blanco sumaban cinco. Entre las demás boletas, dos estaban a favor de la hermana Xu, tres eran para el abuelo y una para mi hijo.

¿Qué hacer? El abuelo había obtenido la mayoría de los votos, pero no era ni la mitad ni tampoco la tercera parte. ¿Es válida una votación con semejante resultado? Como no habíamos tomado en cuenta esto, fuimos a consultar al marido de mi prima. Él nos dijo que en el mundo hay dos tipos de leyes, las escritas y las no escritas y que, de acuerdo con el Derecho, las leyes no escritas en realidad no se consideran leyes. Por ejemplo, la constitución de Estados Unidos de América no ha reglamentado con precisión el asunto de la reelección de los presidentes y, sin embargo, se considera que la relación es legal, ya que la gente lo hace. La idea principal de la democracia es que la minoría se someta a las decisiones de la mayoría. ¿De qué mayoría se trata, de la relativa o de la simple (más de la mitad), o de la mayoría absoluta (más de las dos terceras partes)? Para eso hay que consultar la tradición y los principios ideológicos. En lo que se refiere a nuestra elección interna, ya que todos somos parientes —padres e hijos, hermanos— y hermanas y, además, es nuestra primera experiencia en este campo: se hará lo que decidan todos.

Mi prima dijo que puesto que el abuelo era quien había obtenido más votos, naturalmente él era el elegido. Esto no significaba, de ninguna manera, que se tratara de una familia feudal con un jefe a la cabeza; se trataba de conciencia democrática.

Mi prima continuó: “En nuestra familia la conciencia feudal patriarcal ya no es un problema y menos un peligro o un conflicto por resolver. De lo que sí tenemos que preocuparnos es de la anarquía del liberalismo, del egocentrismo, del egoísmo, del consumismo desmedido, del hedonismo, del malinchismo, que considera que la luna de Estados Unidos es más redonda que la china, del dogmatismo extranjerizante, peligros escondidos detrás de la actitud antifeudal.”

Inesperadamente mi hijo se agitó, y muy serio declaró que el voto que él había obtenido no era suyo; es decir, que él no había votado por sí mismo. Cuando dijo eso sentí de pronto que todos me miraban. Parecía como si yo hubiera votado por mi hijo, corrompiendo así las elecciones al darle preferencia al parentesco. Sentí que ruborizaba, y de inmediato reflexioné: “¿Quién puede pensar así? ¿Por qué tienen que pensar así? ¿Por qué no se dan cuenta de que yo no voté por mi hijo? Además, aunque hubiera votado por él no hay nada malo en eso, ya que si no voto por mi hijo voy a votar por mi padre, o por mi tío, o por mi madre, o por mi esposa o por mi prima. Por otra parte, ¿conocen ellos la teoría de moda de Freud, según la cual la prima puede ser más cercana que el hijo, el cual, por su complejo de Edipo, mataría al padre para casarse con la madre? ¿Por qué cuando mi hijo abre la boca todos me miran?”

Mi hijo gritó que el hecho de que él hubiera obtenido un voto revelaba claramente que el corazón del hombre aún no había muerto, que hay una llama que crece cada día. Que si él se preocupaba por la reforma de la alimentación familiar era sólo por altruismo, por admiración hacia el humanismo tradicional, por el amor universal. Cuando mencionó la palabra amor, se le salieron unas lágrimas del tamaño de un frijol. Dijo que en nuestra familia sobraba orden y faltaba amor. El orden sin amor es como un matrimonio sin amor y eso no es moral. En realidad él, desde mucho tiempo atrás, podría haberse apartado de la dieta familiar y escogido solo su camino: comer caracoles, queso, espárragos, atún, langosta, ternera, Kentucky Fried Chicken, sandwiches, hamburguesas de McDonald's, pay de manzana, budín y helado de canela. Dijo que él quería mucho a su tía pero que, a pesar

de que su punto de vista sonaba bien, él no estaba de acuerdo con ella.

En este instante mi tío intervino: “¡Hey! ¡Cuidado! Decimos intervenir y no interrumpir. Interrumpir es falta de cortesía, pero intervenir es cordialidad, sabiduría, democracia; en una palabra, es consideración. El peligro principal que mencionó la prima no corresponde a nuestra realidad. Lo mejor sería dejar de mencionarlo. Medio siglo de experiencia médica ya lo ha confirmado. Por ejemplo, si tú dices que la constipación es el peligro principal, entonces a todos les dará diarrea y eso podría agotar la medicina para curarla y provocar una aversión hacia los médicos. Y si dices que el peligro principal está en la diarrea, entonces habrá estreñimiento universal, lo que nos provocará hemorroides. Además, cuando se tiene demasiado “fuego” en el cuerpo, la gente se agita y se pone agresiva. Fuego y aire, aire y fuego. El fuego, que es coraje, lo apaga el agua. Para prevenir las enfermedades hay que coordinar los cinco elementos. De esta forma, se previene la diarrea y también el estreñimiento. La diarrea es mala, pero la constipación tampoco es buena. Si te constipas, curas el estreñimiento; si te sueltas, curas la diarrea. Lo mejor es no estar ni constipado ni suelto.” Su discurso, por la fluidez y colorido, obtuvo aplausos. Al terminar de aplaudir nos dimos cuenta que el problema no sólo estaba resuelto sino que una conversación acalorada sobre el metabolismo y la interrelación con los cinco elementos nos había estimulado tanto que nos había dado hambre. Todos dijimos que ya que el abuelo había obtenido más votos, entonces a él le tocaba la administración.

El abuelo no estuvo de acuerdo. Dijo que hacer de comer era una cuestión de técnica y no de pensamiento, de ideología generacional, de cargos, de poderes, de rango ni de privilegios. Por lo tanto, nosotros no debíamos elegir a un líder sino a un buen cocinero: era la técnica de hacer la comida y de cocer el arroz la que debería decidirlo todo.

Mi hijo lo aplaudió y los demás sentimos que por fin habíamos encontrado un nuevo camino, una nueva salida. Alguien dijo que ya no había tiempo, que todos teníamos hambre. Aunque apenas estábamos en el proceso de discusión del problema de quién se encargaría de la organización y cómo haría

la comida, se hizo la hora de comer. Si la discusión da resultados, hay que comer; si no los da, también hay que comer; si aceptamos el resultado de la discusión, tenemos que comer; si no lo aceptamos, también tenemos que comer; si nos dejan comer, hay que comer; si nos dejan, también hay que comer. Y así, todos nos fuimos a comer.

Para comparar nuestras aptitudes gastronómicas planeamos una estrategia. Todos tenían que preparar una orden de *mantou*, una olla de arroz blanco, dos huevos fritos, un plato de verdura salada picada, una olla de sopa de arroz, patas de cerdo, etc. Para planear la estrategia nos la pasamos discutiendo durante treinta días y treinta noches. Hubo de todo: discusiones, irritaciones, peleas, llantos, pero también hubo conciliación. Al final estábamos tan cansados que no podíamos ni respirar, ni orinar, ni caminar. A pesar de que lastimamos un poco la armonía fortalecimos la unión entre nosotros, intercambiamos opiniones y sentimientos. Estábamos cansados, pero también muy comprometidos. Cuando se hablaba de hacer dos huevos fritos, todos reíamos a carcajadas, muy contentos: parece que recibíamos un estímulo misterioso y sugestivo. Pero cuando se trataba de picar la verdura salada, nos entrístecíamos, como si de improviso nos hubiéramos vuelto viejos. Al final terminaron las competencias gastronómicas. El resultado fue excelente, nadie se podía quejar. Cada uno recibió un rango y una clase. Mi abuelo y mi abuela, primer rango, primera clase. Mi padre, mi madre, mi tío y mi tía, primer rango, segunda clase. Mi mujer, mi prima, su marido y yo, segundo rango, primera clase; y mi lindo y espigado hijo, tercer rango, primera clase. Todos temíamos que mi hijo se sintiera menospreciado y por eso le dimos el título honorario de “Estrella de la esperanza”. A pesar de su nombramiento honorífico no cambió de rango y siguió perteneciendo al nivel más bajo. En resumen, pueden cambiar la teoría, los nombres y el método, pero el orden es eterno.

Desde entonces ha pasado mucho tiempo. Todos comprendimos vagamente que al haber un orden eterno la discusión y la experimentación de la teoría, los nombres y los métodos, naturalmente habrían de enfriarse. Hacer la comida y comer nunca más fueron objeto de divisiones y peleas. Ya

no nos preocupaba si la comida era una cuestión de técnica o de sistema, una cuestión cultural o ideológica o sólo una cuestión de algo que jamás se nos ocurrió pensar. Parece que para comer no es muy necesario discutir esas cosas.

La hermana Xu murió en paz. Murió de vejez, de muerte natural y no de enfermedad. Durmió la siesta hasta las cuatro y media de la tarde y no despertó. Cuando fuimos a verla ya no respiraba. Todos extrañamos a la hermana Xu y respetamos su memoria. Mi hijo encontró trabajo en una empresa de capital mixto, chino-extranjero. Quizá ya realizó sus sueños de comer pan con mantequilla y muchas proteínas de origen animal. Cuando regresa a casa de vacaciones le preguntamos qué quiere de comer. Contesta que ha comido todas las cosas buenas, pero lo que ahora se le antoja es sopa de arroz, verduras saladas, "gran sopa" y fideos con salsa de soya. Al terminar, en tono de excusa dice: "Es fácil cambiar de ideología, pero no es fácil cambiar de paladar."

A mi tío y a mi tía les dieron un departamento en un edificio recién construido, y se mudaron. En la cocina tienen instalados tubos de gas y también tienen un hoyo para instalar un extractor de humo. En su nueva cocina han hecho patas de cerdo y huevos fritos, pero lo que cocinan con más frecuencia es sopa de arroz, verduras saladas, *mantou*, fideos con salsa de soya y "gran sopa". El marido de mi prima por fin se fue al extranjero para "perfeccionarse"; allí estudia y trabaja al mismo tiempo. Después se llevó a mi prima. En las cartas que escriben dicen: "Aquí lo que más comemos es sopa de arroz y verdura salada. Cuando las comemos nos llenamos de añoranza, pero ya no nos sentimos tan tristes porque es como si hubiéramos regresado a nuestro dulce hogar. ¿Qué podemos hacer? Parece que en nuestras células hay genes hereditarios de sopa de arroz y verdura salada."

Mi abuelo, mi padre y yo vivimos juntos y felices. La cantidad de pollo, pato, pescado, carne, huevos, leche, azúcar y aceite que consumimos está en constante aumento. Todos engordamos. En nuestra mesa se sirven platos cada día más variados y de más categoría. Hemos comido carne, pepinos de mar, cacahuates fritos en aceite, pasteles. Hemos preparado tallarines fríos de soya, ensalada de jaiba e incluso una vez

probamos abulón y almejas frescas. El abulón va y viene, el pepino de mar se prepara y se termina, la ensalada la probamos y la olvidamos, sólo la sopa de arroz y la verdura salada son eternos. Incluso después de un gran banquete en el cual abundan las rarezas de la montaña y lo máspreciado del mar tenemos que consumir sopa de arroz y verdura salada. Solo así nuestra boca, el esófago, los intestinos, el hígado, el bazo y el páncreas pueden funcionar bien. Si se nos olvida comer sopa de arroz y verdura salada de inmediato el estómago se inflama y duele, y existe el peligro de que nos enfermemos de cáncer. Son éstas quienes tienen el mérito de resguardarnos del cáncer. La sopa de arroz y la verdura salada son los únicos elementos insustituibles dentro de nuestra alimentación. Todo lo demás es para acompañarlos, o directamente es secundario.

Al morirse la hermana Xu la difícil tarea de hacer la comida recayó en los hombros de mi madre. Antes de cada comida, mi madre, tal y como era antes, va a ver a mis abuelos para consultarlos: “¿Haremos sopa o no? La carne, ¿la cortaremos en pedazos o en tiritas? Estas preguntas están llenas de lealtad y apego a nuestra tradición, a nuestro orden, a nuestra moral. En este diálogo de preguntas y respuestas tan sencillas se esconde la nostalgia por la hermana Xu. Todos sentimos que, a pesar de estar muerta, la hermana Xu aún vive entre nosotros. Las memorias son eternas. Mi abuelo dice con frecuencia que habiendo sopa de arroz, verdura salada, *mantou* y fideos con salsa de soya, a él no le interesa si se hace o no sopa, si se corta o no la carne, si se ponen delicias del mar o de la montaña. Además, le dijo a mi madre que ya no fuera a preguntarle cosas cada día más difíciles de contestar. Mi madre está de acuerdo, pero si no pregunta se siente algo incómoda. Cuando está lista la comida nos llama a la mesa y voltea discretamente hacia los lados para ver la expresión de todos, en especial la de mi abuelo. Cuando mi abuelo tose un poco, mi madre murmura: “¿Tendría piedritas el arroz? ¿Le faltaría sal a la verdura o se me pasaría de salada?” Lo hace en voz baja porque no se atreve a preguntar directamente. Aunque se lo preguntara al abuelo, aún así no podría estar segura de que en la sopa de arroz no haya piedras.

Y así otro día mi madre, al atardecer, sumisa y con algo de miedo, le preguntó al abuelo: "La carne, ¿en tiritas o en pedazos?" La voz de mi madre era tierna y la de mi abuelo cariñosa y ronca: "Ya no me lo preguntes." Eso también era una respuesta. Mi madre, contenta y tranquila, se fue a la cocina para terminar su trabajo.

Un inglés, viejo amigo de mi padre de los años cuarenta, vino a China a pasear. Se quedó en la casa una semana. Al principio llamamos a un cocinero de Shanghai, especialista en comida occidental, para que le preparara pan, pasteles y bistecques de res. El amigo inglés nos dijo abiertamente: "No vine de tan lejos para comer comida occidental, o algo que no se le parece en nada y que según ustedes es comida occidental. Les suplico que me preparen comida china, tan rica en tradición. ¿Pueden hacerme ese favor?"

¿Qué podíamos hacer? No nos quedó más remedio que ofrecerle, muy avergonzados, sopa de arroz y verdura salada. "Qué sencilla, qué delicada, qué agradable, qué elegante. Sólo la comida del viejo Oriente puede tener un toque tan misterioso", decía el amigo inglés. Yo grabé los halagos que él, en perfecto inglés de Oxford, había hecho al respecto de la sopa de arroz y la verdura salada. Los grabé para que los oyera mi hijo lindo y espigado.

Traducción del chino:
LILJANA ARSOVSKA